



VII.

EN EL "ANFITEATRO."

Al que camina de Palacio hacia el Sur por la bulliciosa avenida cuyos tramos se llamaron Flamencos, Porta-Coeli, Jesús, Joya etc. dos calles trasversales le llevan á mano izquierda al Hospital Juárez, antiguamente "de San Pablo." Es una *la Buena Muerte*; otra, más *al Sur*, la *Garrapata*.

En las mañanas que le dejaba libres el servicio de comisarias, iba por allí Pedro Flon á hacer su rato de clínica en el Hospital Juárez, y volteaba de la avenida á la Buena Muerte ó á la Garrapata según el humor.... ¿Tenía negras concepciones sobre la vida? ¿Le asaltaban inclinaciones á "troncharse el hilo" con un tiro?.... Entonces, y era lo más frecuente, la em-

prendía por la Buena Muerte. Pero si plácidas ideas le alentaban, seguía más allá y se echaba con decisión por la Garrapata.

A decir verdad, las dos callejas eran igualmente feas, con sus hollancos zurcados por lentos rodajes. De sus oscuras accesorias salían iguales gatos y perros macilentos. Iguales chiquillos de piernas desnudas surgían de las aceras mal pavimentadas empuñando rollitos de tortilla. . . . Pero en la Buena Muerte, caserones rojizos, desnivelados por los hundimientos, describían con sus cornizas y balcones curvas melancólicas. A poco trecho, la vista tropezaba en torrecita solitaria y triste, luego en un recodo, principio de escueto callejón desembocando en la barriada de la Palma. Como era ésta la parte de la ciudad donde las cuchilladas, el tifo y otras plagas hacían sus mayores estragos resultaba aquel, en efecto, el camino de la muerte. . . . Muerte buena, bajando del "más allá" representado por la serranía azul; buena muerte, encargada de barrer el excedente de la población miserable.

En la Garrapata la perspectiva desfruncía sus arrugas con las frondas y céspedes del jardincito de San Pablo. Las cúpulas del antiguo templo abandonado surgían de entre el ramaje

fingiendo un templo de aldea. Su campanario sin campanas tenía la virtud de hacer resonar en los oídos de Flon algo de alegre campanilleo. . . . El pasar por tal calle significaba la voluntad de agarrarse a la existencia como al te- gumento el parásito de seis patas.

Hay almitas fantásticas que proceden así, por asociaciones singulares de ideas y de nombres, descubriendo en éstos, motivos de acción que nadie imagina. . . . La de Pedro Flon era así. ¿Qué extraño, pues, que aquella mañana del 10 de Julio caminase de prisa por la calle de la Garrapata dejando ver en su semblante el amor á la vida? Curioso, se proponía asistir á la autopsia de aquel congestionado incógnito. Pero esperaba algo mejor: ver á Elvira Resendis.

La curiosidad puede á veces preparar el amor; y en el estudiante bullía tal curiosidad incitante por la histeriquita que ya casi la amaba. Flo- taba ante sus ojos la imagen de la joven, tal como la vió dos días antes, "opistotonada," en la comisaría, con el blanco cuello desnudo, las turgencias del seno resaltando al través de la blusa abierta en las convulsiones; tal como la vió la víspera en la cama del hospital. ¿Qué diferencia entre ella y las indias de las camas próximas! Acostada de lado, la ondulación harmo-

niosa de sus formas se acusaba bajo la frazada roja; la cabellera suelta inundando de seda la almohada sin funda; los rizos naturales de la nuca, y en la barba aquel hollito. . . . Decididamente, era una chica fina, más fina que Julia Banué!

La mañana fresca le invitaba á vivir. Tentado estaba a no ver la autopsia. Así descansaría de los muertos. . . . Sintiendo en los pies un hormigueo de júbilo saltaba los charcos de la Garrapata; y cuando llegó al jardín de San Pablo, bajo el húmedo follaje de los fresnos, echó hacia atrás un saludo mental al arácnido chupa-sangre que le simbolizaba el apego á la vida.

Pasó por entre la guardia de federales, tan fiero que parecía decir: “soldados! paso á la ciencia!”—Recorrió el callejón de entrada, se detuvo apenas entre la comisaría y la prefectura para saludar á un su amigo. . . .

—Oye, Floncito! ¿á dónde tan de prisa?

—Hasta después; voy á la sala de Santa Catarina.

Subió por la ancha escalera, recorrida en ambos sentidos por practicantes, afanadoras y soldados fusil al brazo, centinelas que se relevaban á la puerta de las salas plagadas de criminales y criminaloides. Algunos de estos, en convale-

cencia, envueltos en sus sábanas, divagaban por pasillos y corredores, estrafalarios, como almas en pena, ansiosos del *alta* médico para emigrar al purgatorio de Belén.

Acababan de dar las ocho y media. La sala de mujeres situada al fondo del patio, en el piso alto, entraba en efervescencia. Habían llegado tantas lesionadas en los dos últimos días que fué necesario acostarlas por pares y aun por trios.

Entre ellas, dos ramerás, llevadas á Juárez por contusiones en riña, protestaban contra el amontonamiento que tan malas noches les causaba.—Una, removido el vendaje ocular, se encaraba con la mayora, y suojo rojizo saltando bajo el párpado hinchado, apoyaba sus palabras con mirar siniestro.—“Qué compañera me ha dado, Doña Lugarda! Mire no más cómo me ha puesto el angelito!” y apartando la sábana mostraba su camisón manchado de ocre pestilente. Indiferente, la compañera, con el chico al pecho, no se inmutó.

La otra, avezada en “la carrera,” frizando en los treinta, hizo alarde de los araños que le infiriera en un brazo su socia de colchón. Esta, sensible á la queja, no permaneció tan callada como la madre del chico irrespetuoso. Se incorpo-

ró cuanto se lo permitiera su pie contuso y atrapado. Era una rolliza muchacha, vendedora ambulante de golosinas, atropellada con todo y batea por un tranvía de mulitas.

—“Ella también!” gritó la vendedora y enseñaba una lesión del cuello.

La mayora, la afanadora y el practicante de la sala se acercaron á verla. Las opiniones divergieron.

—Es un pellizco.

—Una mordida.

—Un chupetón.

—Ah! sí! un chupetón! corroboró la mayora haciendo sentir su experiencia.

—Sinvergüenza! . . . Si no estamos aquí en *San Juan de Dios*.

Sonaron risas.

—Allá queremos irnos. Que nos lleven á San Juan de Dios.

—Es nuestro Hospital, confirmó la de las placas color de ocre.

—Su hospital! exclamó la mayora ¿lo compraron?

—Y entonces ¿de qué pagamos contribuciones? replicó una, y la otra:

—Yo me *caigo* al mes con ocho pesos de li-

breto. . . . ¿*Pa qué* ha de ser sino *pa* tener catre y pambazos cuando viene la de malas?

—Tiene razón; el Gobierno las explota, dijo un estudiante que acababa de entrar y no quiso perder la oportunidad de dirimir la cuestión en sentido socialista. Era Pedro Flon.

Se dirigió á la derecha, hacia cierta cama que ya conocía. Elvira no estaba en ella. Dos lesionadas la ocupaban. Se le informó que, al anochecer de la víspera, un “gran señor” había venido por ella.

—¿Quién era ese “grande?”—Es lo que el joven fué á preguntar á la comisaria del Hospital. El comisario, un estudiante destripado, “medio amigo” de Flon, le recibió encendiendo un cigarrito con aire misterioso. Como el supernumerario lo acosara á preguntas, cesó de escribir, dió media vuelta en su taburete giratorio; y con la pluma en la oreja, el codo izquierdo al borde del pupitre, se entregó por algunos momentos á la más dulce expansión del burócrata que consiste en soltar confidencias entre bocanadas fumigantes.

—Yo no la quería dejar salir sin el *alta* del médico de la sala. Pero *él* (un pollo gordo) se empeñó. Como la muchacha no había venido en calidad de presa ni de lesionada, sino sólo

por histérica en acceso, telefoné al Subdirector. Apenas supo quién la solicitaba, me ordenó que se la entregara. Se la llevó en un coche.

—Ese pollo parece gallo, observó Flon; y por los espolones se me figura Jefe de Policía.

El empleado giró en su taburete, echó un sorbo prolongado al cigarrillo, y se puso de nuevo á escribir con nerviosa sonrisa.

—El es! Don Eduardo Velázquez, exclamó Flon. Se la llevó. ¡Si se habrá llevado también al muerto!

—Qué muerto? interrogó el comisario.

—El desconocido que mandamos de la 5ª

—Ah no! Está en el anfiteatro, Lo autopsiarán hoy mismo.

En este momento el médico legista Pedroza se dejó ver en la entrada remolinando su bastoncito. Flon se movió en su seguimiento, hacia el anfiteatro. Pero Pedroza se detuvo á formar parte de un grupo. . . . Era la hora de los *corrillos*. Los médicos iban llegando a son de campana. El portero, instalado bajo el arco del corredor, frente á la puerta, era el encargado de batir el robusto bronce suspendido en la clave. Cuando un médico se presentaba en el desgastado dintel, el ministril atento jalaba la cuerda tantas veces cuantas correspondían á la sala

del galeno entrante. Así como el hospital cedía *corum pópulo* su nuevo nombre oficial (“Juárez”) al viejo de un santo (San Pablo), así también las salas postergaban sus números cardinales al antiguo santoral. Tres toques designaron al Dr. Gordete de la San Crispín. A poco cinco toques anunciaron al Dr. Hermundio de la Santa Gertrudis. Ambos, volteando á la derecha, entraron á la Prefectura á firmar el “libro de presencia.”

En uno y otro, como en casi todos los anunciados, las campanadas verificaban una invocación íntima. Era el llamamiento á la vida profesional con todo lo que ella tiene de impresionismo. Cada cual se aprestaba á desempeñar su papel. Gordete la daba de pulcro en ciencia como en indumentaria. Recién recibido, había viajado por Estados Unidos y Europa, paladeando placeres mundanos al par que picoteaba Medicina y Cirugía á su paso rápido por las clínicas. De sus viajes había sacado nociones confusas de terapia mercantil é ideas netas sobre el corte elegante de los pantalones. Inseguro de su arte, decidió envolver sus vacilaciones con un velo de pulcritud. Pulcro en el vestir, en el hablar, en el formular de recetas caligráficas, al tropezar con cualquier caso extraño á la patología

corriente, recurría sonriendo á su cigarrera de legítimo Rusia y su boquilla de verdadero ámbar.

No así el áspero Hermundio de torva mirada, cuyo dasaliño respondía intencionalmente á su papel de “nebuloso.” Rumiaba en sus adentros la vieja intriga del fakir siempre atento á reclutar admiraciones por el ocultismo. . . . Ejercía la sugestión hipnótica y la radioterapia. Hipnotizaba con un santocristo de plata suspendido sobre la visión convergente á fin de exonerarse de complicidades con el diablo; y en cuanto á los rayos X, los declaraba infalibles para todos los casos anormales, excepto uno solo: el de que el enfermo no pudiese pagar la aplicación.

A pesar de tan raras cualidades, no era Hermundio un personaje original. Era una copia. Abundan en la corporación médica sujetos que son como la proyección de un cliché viviente. El cliché de Hermundio era Don Antón Penequez, personaje que habrá de representar insigne papel en esta historia. Empezado había Hermundio su lucha por la clientela cuando su amigo Don Antón ya la poseía. A él fué para solicitarle un poco de ella en cambio de admiración. Penequez, que tenía sus intervalos de cuerdo y de loco, vió en Hermundio un compinche bueno pa-

ra entretenerle á los clientes en sus “ausencias.” Mandóle algunos para que los hipnotizara y los radiara. La admiración con que le pagó Hermundio fué tal que le tomó todas sus artimañas, toda su mentalidad de profesional Tartufo.

Gordete y Hermundio se detestaban, lo cual no les impidió saludarse cordialmente y cambiar cumplidos.

—“Firme Ud.,” dijo Gordete, ofreciendo la pluma mojada.—“Después de Ud., compañero.”—“De ningún modo, querido amigo, hágame favor”

Parecían diplomáticos comprometidos en lucha de cortesía para rubricar un tratado internacional. Cuando al fin, uno de ellos se decidió á firmar, tuvo que remojar la pluma casi seca.

En seguida, Gordete el exquisito y Hermundio el misterioso se movieron en compañía, hacia sus salas. ¿Pero puede un médico de la capital azteca irse á su sala de enfermos sin charlar antes en corrillo? ¿Quién dirá las dulzuras del cigarrillo apurado en ruedo profesional entre chismito y chismito? ¿Círculos familiares en que los médicos de la altitud buscan expansiones á su nerviosidad fluctuante entre la inercia y el impulso! Caen un momento las máscaras llevadas de consulta en consulta. Abrense las almas ga-

lénicas en confidencias sobre la bestialidad de los colegas ausentes, las miserias del *arte*, las dificultades y recursos para exprimir el dinero al cliente rebelde.

—“Tal como va, la Medicina pertenece á las bellas artes,” observó sentenciosamente Gordete engranado en un corrillo: “Hay que practicarla como tal,” añadió. Y su mano, en que chispeaba un anillo de brillante, jugueteó con diminuto cráneo de oro prendido al chaleco entre un racimo de dijes. El místico Hermundio le miró de reojo, indignado del cinismo. Para él la Medicina no era un arte ni feo ni bello, sino solamente un arte oblicuo.

Pero el principal corrillo se iba instalando esa mañana en el anfiteatro de autopsias. La palabra “anfiteatro” consagrada por mal uso, correspondía al local de inspecciones cadavéricas como la de círculo al cuadrado. Eranse allá, en lo más lejano del corralón anexo al hospital por Sur y Oriente, dos construcciones gemelas, cuadrilongas, con un solo muro hacia atrás, los techos sostenidos delante y lateralmente por pilas-tras, entre las cuales, bastidores de alambreado daban de lejos la impresión de grandes pajareras. Se llegaba á ellas por un sendero abierto entre los matorrales del corralón. En la construcción

de la derecha, á que se reservaba especialmente el título de “anfiteatro,” el principal mobiliario consistía en dos planchas de autopsia. En la de la izquierda llamada el “descanso,” se depositaban los cadáveres mientras les tocaba su turno de desmoche. Este “descanso” consistía en un banco que pudiera compararse á un pesebrón de establo. Solo que, en vez de paja y cebada para las bestias, se echaba en él toda la humanidad que moría en el hospital y además los fallecidos en la ciudad y remitidos para autopsia á causa de accidente, crimen averiguado ó muerte sospechosa.

Aquella mañana, el descanso estaba cargadito. ¡Mescolanza horrible y cómica! Faltaba espacio para tanta carne, y sobre una primera capa compuesta de muertos rezagados hasta de ocho días, encimábanse cuerpos en rigidez y aun todavía tibios, de la última hornada mortuoria. Las piernas entrecruzadas se escapaban del borde del pesebrón. . . . Había dos pares de pies bonitos, de intachable limpieza, entre tantos pies horribles, de corvas uñas grifales. . . . “Esos piecitos me intrigan,” declaró el curioso Flon que andaba por allí con Sergio, en espera de la autopsia prometida. No tardó en saber que un par pertenecía á una hetera apuñaleada por celos; el

otro á una dactilógrafa que había confiado sus decepciones pasionales á un frasco de láudano. Cada una tenía atado al cuello del pie un recorte de papel con su nombre. Flon leyó: *Juana G. . . . Camila N. . . .* Sus miradas iban de la piel anémica de la occisa, á las carnaciones lívidas de la suicida. En la cara de ésta, congestionada por el tósigo, sorprendió el estudiante la maldición de la vida, mientras en la de aquélla, la sonrisa á la muerte. Lo demás, no le decía nada: muerte estúpida de ajusticiados por el puñal, por ruedas de carro ó por la Cirugía eliminadora. Hundido entre dos vientres inflados por gases de putrefacción, descubrió al muerto misterioso de la Comisaría. Se le había ido el tinte rubicundo, y ahora su rostro cárdeno producía la impresión del bebedor olvidado de afeitarse en días de parranda. El papelito amarrado á un pie decía: "Desconocido."

Y un hombre entró al "descanso," encorvado, sosteniendo con cabeza y espalda un tablón con un cadáver autopsiado que dejó caer al azar, boca-abajo, sobre la suicida. El cargador era el *muertero*, pequeñito y seco, la nariz afilada, los ojos hundidos, un aspecto de consunción profesional. . . . A fuerza de ver y manejar muertos había acabado por parecerse á ellos. Era la en-

carnación viva y nominal de la muerte. . . . Se llamaba ENCARNACIÓN, y la abreviación familiar de su nombre, *Chon*, tenía en el hospital un significado fúnebre. Cuando un practicante decía de un enfermo: "se lo va á llevar Chon," el dicho valía tanto como un pronóstico de muerte á breve plazo.

"¿Dónde estás tú, desconocido? gritó Chon, habituado á dialogar con sus inertes pupilos. . . . ¡Allí te veo, cara de responso. ¿Conque no quieres decir como te llamas, eh! Conque te trajeron de la comisaría 'ogándote, eh! . . . Ya verás, cara de misa cantada, cómo te voy á arreglar las cuentas."

De un empujón le metió la tabla bajo las piernas hasta el dorso. Luego, por un movimiento giratorio, atrajo la cabeza al borde del descanso, y se echó la carga á la espalda, los brazos elevados en arco, sujetando al muerto por el cuello.

Seguidos de Flon, carga y cargador entraron al anfiteatro. La plancha de la derecha, destinada á los lesionados muertos en el hospital, estaba ocupada por dos cadáveres ya autopsiados, hombre y mujer, en posición inversa, los pies del uno en contacto con la cabeza del otro. La plancha de la izquierda, reservada á los muertos vio-